

tangular que quedó interiormente estableció su campo, bordeándolo de parapetos y empalizadas. Además, por la parte que miraba á Cartago, levantó un muro de 12 piés de alto y 6 de espesor, con torres que lo flanqueaban; y en medio otra grande de piedra, sobre la cual armó cuatro pisos de madera para dominar bien el campo y observar la ciudad.

Trabajó el ejército con tanta actividad, alternando en las obras y en el descanso, una vez con los útiles y otras con las armas en la mano para rechazar á los sitiados, que á los 20 dias con sus noches quedó todo terminado y empezaron á sentir en la ciudad los efectos de la escasez y falta de comunicaciones, y se vió impelido Asdrubal á entablar negociacion; pero como no pudo conducir á nada efectivo, continuó la defensa y avanzaron los trabajos de sitio, entre los que acometió Escipion la gigantesca obra de cerrar la entrada del puerto, construyendo una escollera de piedra que no tenia ménos de 86 piés de ancha en su base por 24 en su parte superior. Riéronse al principio los cartagineses de semejante proyecto, mas al observar lo llevaban adelante y comprender les privaria de esa única puerta que les quedaba para comunicar por mar con el exterior, emprendieron el no ménos atrevido de abrir otra boca desde el puerto interior; que ejecutada de manera rapidísima, lanzaron por ella con asombro de los romanos 50 triremes y gran número de otras embarcaciones.

Hubieran podido entonces destruir toda la flota romana que estaba anclada y con la mayor parte de sus tripulaciones en tierra, pero no supieron aprovechar esa coyuntura, contentándose con un vano alarde de amenaza; y aplazando la empresa para otro dia, sucedió que ya la encontraron bien apercebida, y que por consecuencia fueron rechazados con terribles pérdidas en el combate que se trabó, y obligados los buques que no sucumbieron á refugiarse trabajosamente dentro del puerto; de cuyo incidente

se valió Escipion para ganar por aquella parte de la marina cierto malecon y otras obras, en que ya se mantuvieron firmes los romanos á pesar de una vigorosa salida que para arrojarlos de ellas efectuaron despues los cartagineses durante la noche, unos á nado y otros con agua hasta el pecho donde era bajar.

En semejante estado de cosas, conociendo el cónsul que la caida de Cartago era inevitable, determinó para acelerarla y finalizar la guerra, dirigirse contra el ejército que sostenia la campaña desde el campo de Neferis, á fin de destruirlo y privar á los defensores de la proteccion y esperanza que en él pudieran fundar; mas para que no decayese entre tanto la estrechez del sitio, levantó un nuevo muro de ladrillo por la parte de los últimos ataques, de igual altura que la muralla, precedido de su correspondiente foso; y guarneciéndolo con 4.000 hombres y adoptadas diversas prevenciones, marchó con las tropas de infantería y caballería de númidas que juzgó suficientes.

Al aproximarse al campo de Diógenes tomó posicion, y despues de bien reconocido, sin perder tiempo, le amagó por uno de los lados para distraerlo, y cargó decididamente con todas sus fuerzas por el otro; á que se siguió una derrota tan completa que perdieron la vida, segun Apiano, hasta 70.000 hombres, dejando 10.000 prisioneros y salvándose unos 4.000; cifras que, aunque sean muy exageradas en particular respecto á los muertos, indican la importancia decisiva de aquella victoria. La cercana ciudad de Neferis, atacada inmediatamente, se rindió al cabo de 22 dias; y por efecto de tales ventajas se fueron sometiendo unas despues de otras todas las poblaciones que aún estaban á devocion de Cartago; con lo que pudo regresar Escipion á su campo del asedio al acercarse la primavera, para dar calor á sus definitivos trabajos y ataques.

Ocupóse primero en examinar el estado de las obras,

observar el interior de la ciudad, ordenar su gente y disponer los medios de batir las defensas últimas que le opusieran: hecho lo cual, encargó á Lelio dar un asalto por la parte del recinto que cubria el *Coton* ó puerto militar; y verificado, penetró en él y por consiguiente en la ciudad, adonde sin tardanza acudió Escipion con mayores fuerzas, estableciéndose durante la noche en la plaza pública. Al dia inmediato acometió el ataque por las estrechas calles que conducian á la ciudadela de *Birsa*, encontrando una resistencia tenaz y sangrienta de casa en casa; pero por fin, á costa de muchos sacrificios, dando fuego á la poblacion y mandando arrasar todo aquel populoso barrio para hacer anchuroso espacio que le sirviese de emplazamiento para embestir la ciudadela, en cuyo trabajo empleó seis dias enteros, redujo á los defensores al extremo de entregarse á merced del vencedor en número de 50.000 (otros dicen más de 70.000 personas) que salieron escoltados.

Quedaron, no obstante, con Asdrubal y su familia, unos 900 hombres que se refugiaron en el templo de Esculapio en lo alto de la colina; y allí, faltándole á aquel último caudillo la heroica resolucion de perecer, salió á prosternarse ante Escipion, mientras su esposa, dando muerte á sus hijos, se precipitaba en las llamas con el resto de los porfiados cartagineses que no quisieron sobrevivir á la ruina de la pátria.

Así concluyó (146 años antes de J. C.) ese famoso sitio y guerra de tres años, á que siguió la completa destruccion de la gran ciudad de Dido y la desaparicion de la República púnica por su implacable enemiga la romana, que dejó convertido en provincia suya mucha parte del territorio; dotada Útica en recompensa de su adhesion; engrandecida la Numidia y ocupados muchos puntos del litoral cuya situacion se estimó conveniente.

«Examinando con atencion (dice Dureau de la Malle

en sus *Recherches sur la topographie de Carthage*) el relato de Apiano sobre este sitio, se adquiere el convencimiento de que, á pesar de las inmensas fuerzas terrestres y marítimas que emplearon los romanos (pues se calcula en 150.000 la totalidad del ejército de Africa), todavía le fué absolutamente preciso á Escipion proceder de la manera lenta y circunspecta que usó para alcanzar la victoria. La soberbia situacion de Cartago, defendida con varios recintos, y la aproximada igualdad numérica entre sitiados y sitiadores, le obligaron á ejecutar extensas obras de contravalacion y de circunvalacion; y áun así, es probable que sin la perfidia con que consiguieron les entregasen las armas y máquinas militares al empezar la guerra, más el incendio de todas sus embarcaciones, no hubieran alcanzado por entonces el aniquilamiento de su rival. »

### BREVES REFLEXIONES.

Las guerras de Cartago que quedan ligeramente reseñadas, ofrecen enseñanza para la alta y trascendental política de las naciones y para el modo de sustentar con las armas sus grandes querellas. Leccion es en que deberá meditarse siempre, la que resulta del cotejo de la conducta respectiva de Roma y Cartago: la una, constante en sus miras y aspiraciones, dominada en todo por sentimientos de patriotismo, aprovechando los errores de sus contrarios y la condicion de los pueblos que les eran afectos, para ir poco á poco *enagenándolos* y atraerlos luego hasta utilizarlos con oportunidad: la otra sin aprender jamás á captarse seguras simpatías de las naciones y habitantes del mismo país que dominaba, sin apagar nunca el fuego de las ambiciones y de los partidos en su gran ciudad; se-

guían, puede decirse, dos rumbos opuestos: Roma el más favorable; Cartago el más peligroso.

«La superioridad de Cartago al empezar las guerras púnicas (dice el Emperador Napoleon III en su Historia de Julio César), era evidente; pero la constitucion de las dos ciudades hacia prever de cuál sería el triunfo definitivo..... En Roma el único móvil era la gloria, la principal ocupacion la guerra y el primer deber el servicio militar: en Cartago todo se sacrificaba al interés ó al comercio, y la defensa de la pátria era un peso insoportable abandonado á los mercenarios. Por eso despues de una derrota dificilmente restablecia Cartago su ejército, mientras que Roma lo conseguia desde luego en razon al reclutamiento forzoso del pueblo. Y si la penuria del tesoro retardaba la paga, sublevábanse los soldados cartagineses poniendo en peligro al Estado; al paso que los romanos soportaban las privaciones y la miseria sin murmurar, por solo el amor pátrio.»

Los inconvenientes y peligros de servirse una nacion de tropas extranjeras, que ya hemos visto censuraba Polibio, han sido tambien puestos en evidencia por muchos escritores posteriores y modernos, como nuestro ilustre Marqués de Santa Cruz del Marcenado en su conocida obra *Reflexiones militares*; pero ha de entenderse esto cuando se lleve á la exageracion que empleó Cartago, pues reducido á límites de prudencia, cual hicieron los romanos en sus buenos tiempos, así en Europa como en Asia y Africa, y cual en esa misma Numidia lo hacen actualmente los franceses, lejos de ser un mal debe aceptarse ventajoso, así en el concepto militar como en el político.

Bajo el punto de vista exclusivo de la guerra, es innegable que abundan ejemplos que utilizar para el estudio del arte en su dilatada esfera, en aquellas tan sangrientas y prolongadas luchas en que eran principales contendientes los Estados más poderosos de la época y figuraron á

la cabeza de los ejércitos hombres tan célebres como Régulo, Xantipo, Amilcar, Anibal, Masinisa y los Escipiones. Y por lo que respecta á la especialidad de las guerras de Africa, esto es, á las circunstancias que les son características, tenemos ya consignadas en este primer capítulo varias expediciones marítimas importantes con numerosas tropas de desembarco sobre aquel continente: hemos seguido las marchas, los trabajos ejecutados en campaña y en sitios de plazas: el aprovechamiento ó descuido de los accidentes del terreno, de las armas y elementos de que se disponia por los beligerantes en las operaciones y batallas: se han dado á conocer las cualidades y propensiones más salientes en el carácter de los pueblos africanos, fáciles de arrastrar á la sublevacion, ligeros en dar y faltar á su palabra; y por último, se han presentado en escena esos guerreros nómadas tan ágiles y atrevidos en su modo de combatir; mejores para hostilizar que para la resistencia, y teniendo ya por costumbre, que legaron á sus descendientes, el dispersarse en fuga al menor contratiempo, para volver á reunirse á gran distancia del lugar donde sufrían un revés de la fortuna.

La observancia de los principios ó máximas fundamentales de la ciencia de la guerra; el proceder bajo un plan ó pensamiento meditado y no á la ventura de los sucesos; la perseverancia, el orden, la instruccion y disciplina de las tropas, dieron entonces, como darán siempre, en definitiva, los mejores resultados y la victoria.

Fundados en esta conviccion creímos deber empezar por las instructivas guerras de Cartago la série de las que, en semejante forma, van á referirse en los capítulos siguientes; y que todas, unas más que otras, demostrarán las mismas verdades asentadas.

En la narracion abreviada y en los extractos hechos, ceñidos al objeto principal de poner en relieve lo que mejor proporcione aprendizaje, no era dable descender á

muchos pormenores ni razonamientos históricos que los aficionados ó estudiosos encontrarán en las obras correspondientes con gran recreo y aprovechamiento, si son estimulados á la lectura.

De *Polibio* y de *Apiano Alexandrino* quedan citadas las versiones castellanas de consulta, y de las *Decadas de Tito-Libio*, que es la tercera importante obra antigua de las que deben llamarse fuentes históricas para las guerras púnicas, tenemos las de Lopez de Ayala y Alfonso Pimentel, y la que hizo Pedro de Vega en el siglo xvi, de la cual, corregida y aumentada por Arnaldo Byrkman, se hizo una edicion en 1552 y otra en 1796. Es de sentir, sin embargo, que de esos autores clásicos no se acometa la empresa de nuevas traducciones con intervencion de sugetos concedores de la milicia antigua y moderna, y que se publicasen en ediciones cómodas para propagar su lectura en el ejército.

Además de los expresados libros, son aquí de recomendar los trabajos modernos de *D'Avezac*, *Dureau de la Malle*, *Yanoski* y *Lacroix*, contenidos en la coleccion titulada *L'Univers, Histoire et description de tous les Peuples, etc.*, París 1844, de los que hizo una traduccion en extracto D. Vicente Diez Canseco en 1845, que apellidó *Historia de la ciudad de Cartago desde su fundacion hasta la invasion de los vándalos en el Africa*.

Sobre aquella tan célebre ciudad y República existen otros dos libros españoles: el primero, *Cartago Africana. Sus nombres, fundacion y aumento. Discursos históricos de D. Gaspar Ibañez de Segovia y Peralta, Caballero de la órden de Alcántara, Marqués de Agropoli, Señor de la villa de Corpa*, impreso en Pamplona en 1664; el segundo, *Antigüedad de la República de Cartago, con el periplo de su general Hannon*, por D. Pedro Rodriguez Campomanes, impreso en Madrid en 1756.

Por último, como estudios exclusivamente militares,

son muy dignos de mencionarse los *Comentarios del Caballero de Folard* á la historia de Polibio; las *Memorias militares sobre los griegos y los romanos*, por Guischartd; el *Ensayo sobre la milicia romana* contenido en la Biblioteca militar de Liskenne et Sauvan; la preciosa obra de Carrion-Nisas, *Historia del Arte militar*, y la más reciente sobre *Las campañas de Anibal*, escrita en inglés por el Teniente Coronel Macdougall, traducida al francés por el Capitan Testarode, citándose tambien como muy notable la *Vida de Anibal* por el Comandante Mr. de Hennebert.

En Alemania se ha publicado recientemente por el profesor Rospatt una voluminosa compilacion referente á las campañas de Anibal en Italia, de que se hacen elogios; así como de otra obra inglesa titulada *Carthage and the Carthaginians; by R. Boworth Smith, M. A. assittant master in Harrow-School, London 1878.*







## CAPÍTULO II.

### GUERRA DE YUGURTA.

SUMARIO.—Preliminares.—Primer período de guerra, Calpurnio.—Segundo período, Albino.—Tercer período, Metelo.—Cuarto período, Mário.—Comentario crítico.

#### PRELIMINARES.



LA muerte de Masinisa heredó su hijo Micipsa el engrandecido reino de Numidia, por haber fallecido antes sus hermanos Gulussa y Mastanabal sin dejar sucesion legítima el primero y el segundo solo á Yugurta, habido en una concubina.

Cuando llegó á Micipsa la hora postrera, legó el reino á sus hijos Aderbal y Hiempsal, juntamente con Yugurta, que educado por él y colmado de distinciones, quiso que compartiera el trono para obligarle más á la lealtad por el interés y la gratitud; pues no se le ocultaba que, atendida la edad, la experiencia y fama que tenia adquirida, podria ser peligroso rival de sus primos.

A gallarda presencia, constitucion fuerte, claro talento y sutil ingenio, unia Yugurta un ánimo valeroso y una ambicion que sabia disimular oportunamente, pero que fué estimulada desde los primeros años por el éxito que obtenia en toda clase de ejercicios, en la caza y en la guerra. Nombrado por Micipsa para pasar á España á la cabeza del cuerpo auxiliar que concurrió al famoso sitio de Numancia, alcanzó en él gran celebridad y ensalzamiento por el mismo Escipion, quien al escribir al rey felicitándole por lo mucho que se habia distinguido su sobrino en aquella porfiada lucha, le calificaba de muy digno de él y de su abuelo Masinisa.

Desde la primera conferencia que celebraron los tres herederos surgió el desacuerdo; y aunque se convino en la particion de los Estados y tesoros, quedó Yugurta resentido con Hiempsal y le hizo dar muerte por algunos de sus secuaces, que penetrando en *Thimida* (1), que era el lugar donde se hallaba, lo sorprendieron y asesinaron (114 años antes de J. C.)

Receló Aderbal de semejante atentado, y los númeridas se dividieron en bandos, siguiendo á éste los unos, y los otros, los más guerreros, la causa de Yugurta; quien, reunido al instante crecido ejército, sojuzgó muchas poblaciones y dió batalla y derrotó á su primo, obligándole á refugiarse en territorio de la provincia romana.

Pasó el destronado monarca á la capital de la República, y tambien llegaron embajadores de Yugurta provistos de caudal para ganar voluntades, que consiguieron del Senado decretase el reparto del reino entre ambos. Así se efectuó por comisionados especiales que fueron á Numidia, quedándole adjudicada la parte que confinaba

---

(1) Aunque M. Marcus creyó que *Thimida* correspondia hoy á *Jama*, parece más probable la opinion de Shaw y de Dureau de la Malle, que la asignan á una aldea cerca de Bizerta que conserva el mismo nombre, ó el de *Tinisa*, que señala el mapa del Depósito de la Guerra de París.

con la Mauritania, que era la más feráz y poblada de gente belicosa, y á Aderbal la otra, de bondad más aparente que verdadera, por razon de los puertos y del caserío de las ciudades.

No contento con eso el fiero Yugurta, tardó poco en invadir una y otra vez los Estados de Aderbal, quien tuvo al fin que vencer la índole tranquila de su carácter para reunir fuerzas con que oponérsele, viendo que claramente aspiraba á despojarle del reino. Encontráronse entre el mar y Cirta (Constantina), pero la proximidad de la noche les contuvo para trabar combate hasta poco antes de amanecer, en que los de Yugurta acometieron el campo contrario; y sorprendidos en el sueño ó sin acabar de armarse los soldados, fueron puestos en dispersion, refugiándose el rey con algunos ginetes en la cercana ciudad de Cirta, cuyo asedio estableció Yugurta inmediatamente.

Se presentaron despues enviados de Roma para pacificar los competidores, y como el astuto Yugurta evitó que hablaran con Aderbal y les refriese los especiosos motivos de sus quejas, regresaron sin lograr resultado en su mision.

Cinco meses duraba ya el sitio, cuando el mísero monarca encerrado en Cirta consiguió llegase al Senado de Roma una sentida carta pidiendo proteccion; mas á pesar de sus instancias quedó aplazada la resolucion de enviar fuerzas, y solo mandó nueva embajada que dictase á Yugurta la órden de levantar el sitio y someterse al fallo que se dictára en la cuestion. Al arribo de los embajadores á Útica le llamaron, y aunque dudó en concurrir y solo lo verificó despues de haber intentado un asalto, tuvo aún la habilidad y la audacia de frustrar enteramente sus instrucciones y los vió partir para Roma como habian ido; con lo que prosiguió el sitio hasta obligar la plaza á capitular.

Sirvióle la victoria para cebarse en crueldad, pues sin

respeto á lo estipulado hizo quitar la vida al infeliz Aderbal y pasar á cuchillo los habitantes sin distincion de númeridos ó italianos, de los que habia allí avecindados y contribuyeron á la defensa ; quedando enseñoreado de todos los Estados de su abuelo Masinisa.

Al saberse en Roma estos sucesos no pudieron desviar la cólera del Senado los agentes estipendiados que allí mantenía Yugurta; y decidiendo que se asignara la Numidia á uno de los cónsules elegidos, tocóle á Lucio Bestia Calpurnio, que se dispuso á pasar á Africa en cuanto se reunieran las tropas y aprestos necesarios para castigar al usurpador, no obstante las activas diligencias que empleaba y la embajada especial que mandó para conjurar el golpe.

Estos fueron los preliminares de la larga guerra que hicieron los romanos á Yugurta y que, guiados por el interesante relato de Cayo Salustio Crispo é intercalando los trozos más conducentes á nuestro objeto, forma el asunto que vamos á tratar.

Nos servimos en este estudio de la version castellana del infante D. Gabriel, que es reputada la más perfecta y goza de gran concepto: publicada en 1772, existen ya varias ediciones, una de ellas en fólío, con láminas y lujo tipográfico. En la parte que trascribimos conservamos segun ella el nombre de *Jugurta*, sin embargo de que en nuestro relaro usamos *Yugurta* como generalmente hacen todos los modernos. Tambien andan impresas ediciones de la traduccion de Manuel Sueyro, dada á luz en Amberes en 1615; pero ni de ella, ni de la de Francisco Vidal de Noya (Valladolid 1500, y Amberes 1554), como ni de la de Vasco de Guzman que existe manuscrita en la Biblioteca Nacional de Madrid hemos tenido necesidad de hacer uso.

Para apreciar el valor histórico de la obra de Salustio, debe tenerse presente que acompañó á César en su cam-

paña de Africa y quedó despues por algun tiempo de pro-  
cónsul, lo cual le facilitó conocer el país y recoger en el  
terreno mismo en que tuvieron lugar los acontecimientos  
las noticias y pormenores que convenían al objeto.

## PRIMER PERIODO DE GUERRA. CALPURNIO.

Embarcadas las tropas que habia dispuestas, pasaron á Sicilia y de allí á Africa, donde el Cónsul romano se puso á la cabeza de un ejército que se calcula de 40.000 hombres; siendo de ellos la mitad de infantes y 1.800 ginetes legionarios, y componiéndose el resto de auxiliares indígenas y de soldados de otros países. De los enemigos no consta su fuerza numérica, infiriéndose sería muy considerable, cuando se creyó preciso llevar aquel armamento; pero debe tenerse en cuenta que los númeridos, segun se dijo en el capítulo anterior, estaban algo familiarizados con la organizacion militar y la táctica de la infantería romana por las várias guerras á que concurrieron sus contingentes, siendo la última la de Numancia, en que con el mismo Yugurta recibieron lecciones del mejor general del siglo, el gran Escipion Emiliano, vencedor de Cartago. Natural será, por consiguiente, suponer que tan hábil y activo caudillo como era Yugurta, se habria dado á perfeccionar la masa de guerreros de que disponia, componiendo un crecido cuerpo á manera de las legiones, que sirviera de base, de núcleo y sostén á la muchedumbre de ginetes ligeros que constituían la especialidad de su nacion; y que tampoco descuidaría el valerse de los elefantes armados de torres, cuyo empleo en las batallas le trasmitieron los cartagineses.

Ordenado lo que juzgó conveniente, empezó Calpur-

nio la campaña penetrando por el territorio enemigo, en el que cautivó mucha gente y tomó algunas ciudades; mas las diligencias de Yugurta, que por medio de emisarios le hizo seductoras ofertas, demostrándole al propio tiempo las dificultades de la empresa que acometía, y los consejos de su teniente Escauro, que tambien fué ganado por el oro, consiguieron de él se inclinase del lado de la avaricia. Aceptó, por consiguiente, una suspension de armas para escuchar las proposiciones que en persona iria Yugurta á hacerle, enviando como rehenes en garantía de su seguridad al Questor Sextio á la ciudad de *Vacca* (que tambien se nombró *Vaga*, y hoy corresponde á *Badjia*, al O. de Tunez), aunque bajo el pretexto de que iba á recibir allí los granos que el Cónsul exigía para la expresada suspension de hostilidades, mientras se pactaba la sumision de Numidia.

Verificóse la entrevista, y en ella, tomados tumultuariamente los pareceres, faltando á las formalidades requeridas por la ley, quedaron aprobados unos artículos mañosamente redactados, segun los cuales se admitía la sumision del Rey mediante la entrega de 30 elefantes, cantidad de ganado y caballos y poco dinero; con lo que dió Calpurnio por terminada la guerra y regresó á Roma.

Solo por observar órden histórico hemos tratado separadamente esta primera parte de la guerra, pues que en el sentido militar nada consigna Salustio de que aprovecharnos, á no ser la reflexion que se desprende de la importancia manifiesta que la política y la moralidad tienen en el mando y empleo de los ejércitos; siendo digno de meditarse el ejemplo que ofrece aquel talento malvado de Yugurta para conocer á sus contrarios, y la astúcia con que seduciéndolos lograba por el momento sus fines, que consistían en fingidos deseos de sumision para que se alejasen y para que Roma le dejara poseedor tranquilo de sus usurpaciones: al paso que la inaudita venalidad de los

jefes romanos, dando mayor soberbia al enemigo de la patria, la preparaba con una artificiosa paz nuevas guerras y cuantiosos dispendios.

Punto es este que indica hasta dónde es asunto grave y cuántas consideraciones exige la designacion del general á quien se confíe el mando de un ejército y la mision diplomática en tierras lejanas de la accion directa del Soberano ó del gobierno supremo del país que le envíe; porque si bien es cierto que el cohecho de Escauro y de Calpurnio, aunque no sea el único en la historia, tendrá pocos imitadores, ¿cuántos otros males podrán acarrear de la incapacidad, de la ligereza, de la debilidad, del orgullo ó de la ambicion, ante los halagos de mil diversas seducciones, si tan importantes cargos no se confian á hombres ya acreditados, ó por lo ménos que ofrezcan una intachable reputacion como garantía de su carácter y de su proceder?

## SEGUNDO PERÍODO. ALBINO.

El pernicioso ejemplo de los primeros caudillos dió al instante sus naturales frutos en el ejército romano de Africa, pues los jefes que quedaron á su cabeza siguieron cometiendo todo género de malversaciones, y dejándose ganar por Yugurta, le devolvieron los elefantes, vendieronle los desertores ó refugiados nómadas y dejaron que la soldadesca se entregara á correrías de pillaje en los pueblos amigos; resultado fatal de la relajacion militar que iba á producirlo en breve todavía más deplorable por la traicion y la cobardía.

Enviado por el Senado el pretor Casio, persuadió á Yugurta, bajo palabra de la fé pública, para acompañar-

lo á Roma á dar sus descargos y ratificar el pactado sometimiento; pero como una vez allí, lejos de satisfacerse los ánimos se levantaron más por las intrigas seductoras en que continuó y por la muerte que hizo dar á Masiva, hijo de Gulussa y nieto de Masinisa, que se hallaba á la sazón acogido en la capital de la República, gestionando se le adjudicara el Reino que su primo usurpaba, tuvo que regresar á Numidia á fin de prepararse para la guerra, puesto que el Senado confió á las armas el reducirlo y castigar sus maldades.

Elegido cónsul Espurio Albino y designado por la suerte para Numidia, dispuso enviar allá al instante los víveres y dinero que necesitaba el ejército, y él mismo se trasladó á Africa para empezar la campaña con mucha resolución aparente de terminarla antes de la cercana época de los comicios. Pero Yugurta, según Salustio, «todo era dar largas, buscar para ello cada día nuevos pretextos, prometer que se entregaría, y luego aparentar miedo; ceder si se le estrechaba, y poco después volver sobre los nuestros á fin de que no desmayasen sus soldados. De esta suerte, mostrando unas veces querer guerra, otras paz, burlaba y entretenía al Cónsul.»

De tal modo se fué pasando tiempo y dió lugar á que la malicia sospechara que en la conducta del Cónsul habia más de amaño que de negligencia; y llegado el momento de las elecciones se fué á Roma, encomendando el mando á su hermano Aulo en calidad de propretor.

El recuerdo tan próximo de Calpurnio y las diferencias políticas que ya agitaban en Roma á los hombres influyentes, se prestaban á que el vulgo se recelase de cualquiera bajo el más leve motivo ó por sus desaciertos en el mando, como en tiempos no lejanos del presente se han visto casos análogos de acusar la opinion pública á generales poco afortunados ó cuya prevision y cautela se interpretó por traicion ó cobardía. Impaciente Aulo por

concluir la guerra durante su interinidad ó de intimidar al enemigo para obtener una gruesa suma de dinero, dejó los cantones en que estaban las tropas (que debian ser en las cercanías de Bona) y emprendió la marcha en el mes de Enero para sitiar la plaza de *Suthul* (que se cree por algunos corresponda ahora á *Guelma*), donde suponía guardados los tesoros del rey.

La situacion ventajosa de aquel punto, su fortaleza, el rigor del invierno y lo pantanoso del terreno inmediato no le detuvieron para comenzar los trabajos de asedio; pero Yugurta, «vista la temeridad y falta de pericia militar del legado, procuraba con grande astúcia ir cebando su locura. Enviábale á menudo mensajeros con súplicas: llevaba su ejército por veredas y lugares fragosos, en apariencia de que huía, hasta que al fin, con esperanza de que se compondría con él, logró inducirle á que dejando á *Suthul*, le persiguiese por ciertas regiones apartadas, á donde fingiría retirarse y á donde en cualquiera negociacion que se hiciese estaría más oculto. Entretanto no cesaba de dia ni de noche de solicitar su ejército por medió de gente práctica y sagáz: cohechaba á los centuriones y oficiales de caballería para que desertasen, ó que á cierta señal que les daría desamparasen sus puestos: y cuando tuvo ya las cosas preparadas segun su idea, déjase á media noche caer improvisamente sobre los reales de Aulo con gran muchedumbre de númeridas.»

Sorprendido el campo romano difúndese al instante el desórden y tumulto, y á su favor cumplen unos la prometida infamia, acobárdanse los más escondiéndose, ó huyendo asustados tiran las armas, mientras los soldados númeridas se entregan al saqueo. Los fugitivos se acogieron á un collado vecino, en donde la mañana siguiente, despues de hacerle comprender Yugurta á Aulo la situacion extrema á que lo habia reducido, capituló salvando las vidas, pero sujetándose á la ignominia de desfilar bajo

el yugo ú horcas caudinas, y comprometiéndose á abandonar la Numidia en el plazo de diez dias (110 años antes de J. C.).

Este fué el término del segundo período de guerra, en que quedó tan rebajado el prestigio de los romanos como enaltecido el concepto del poder y sagacidad del Rey africano; sobre cuya falácia y maldades debemos apuntar igual salvedad que la admitida acerca de los cartagineses en el capítulo anterior, por la circunstancia de que solo conocemos los acontecimientos por noticias de origen romano: mas, eso sentado, es de gran valor el testimonio de sus mismos enemigos para apreciar el mérito militar y los ardidés políticos de que dió tan repetidas pruebas. Ambas cualidades se dibujan claramente en las indicaciones que quedan hechas, así en los preliminares como en el 1.º y 2.º período de la guerra en que se empeñó con los romanos. Aparece desde un principio tan activo y enérgico para llevar á fin sus resoluciones, como diestro y artero al negociar, como disimulado en sus verdaderas miras cuando le convenia ocultarlas, y tan retraido de presentar las fuerzas al enemigo, como intrépido para lanzarlas en la ocasion oportuna preparada de antemano.

Bien vale se fije desde ahora la atencion en las sobresalientes condiciones que reunía aquel caudillo, demostradas en la manera como supo inducir al propretor Aulo á internarse en el país, alejándolo de sus puntos de apoyo é inspirándole falsa confianza; en lo cual, aparte de los manejos ocultos de corrupcion, iba ganando probabilidades para destruirlo, escogiendo el lugar y las circunstancias. Pudo recordar para seguir semejante plan, el que adoptó su abuelo Masinisa en la última y feliz guerra que hizo á los cartagineses; así como un sistema análogo se registra observado por los escitas ante la invasion de Dario, por los parthos ante Marco Antonio, por los per-

sas ante Juliano, y por último, por los rusos ante Napoleón I en el presente siglo.

### TERCER PERÍODO. METELO.

El asombro y la irritación que causó en Roma la noticia del infausto suceso, promovió nuevas agitaciones y discordia entre la plebe y la aristocracia. El cónsul Albino se embarcó al instante para la provincia de Africa á ponerse al frente del ejército que tan mal condujo su hermano, y lo halló invernando fuera ya del territorio de Numidia según lo estipulado, pero en la relajación consiguiente á su último desastre; por lo que se redujo á la inactividad sin atreverse á intentar nada para restablecer el perdido concepto en el corto tiempo que le restaba de mando.

Elegidos nuevos cónsules cupo la Numidia á Q. Cecilio Metelo, y anulada por el Senado la vergonzosa capitulación con Yugurta diciendo *que sin su orden y la del pueblo no pudo Aulo haber hecho tratado alguno*, aparejó activamente cual hombre previsor y entendido general, cuantos pertrechos, gente y recursos conceptuó convenirle por la gravedad de la situación, la clase de guerra que iba á emprender y el estado en que hallaría el ejército de Africa. Y al salir de Roma dejó en todos grandes esperanzas, pues aunque pertenecía al partido aristocrático, el concepto que gozaba por sus virtudes y prendas personales hacía presagiar bien al pueblo de su incorruptibilidad y pericia militar.

Al llegar á Africa le entregó Albino «un ejército flojo, no aguerrido ni sufridor de los peligros y trabajos, de más lengua que manos, robador de sus aliados y presa de los enemigos, hecho en fin á vivir sin rienda ni moderación alguna; de suerte que le daba más cuidado lo extragado

de las costumbres de los soldados, que alivio ó esperanza su gran número..... No se hacían las guardias segun la costumbre militar: el que quería se ausentaba por su antojo de las banderas: los vivanderos mezclados con los soldados andaban día y noche ociosos y derramados por varias partes: talaban los campos, tomaban por fuerza las caserías, robando sus ganados y esclavos á porfía, y los trocaban con los mercaderes por vino que les traían de afuera y cosas semejantes: vendían además el trigo que el público les daba por meses y despues compraban el pan diariamente. En suma, cuantos males, hijos de la flojedad y la lujuria pueden decirse ó imaginarse, tantos y aún más se hallaron en aquel ejército.»

En tan lamentable estado las tropas determinó Metelo con mucha cordura, sin preocuparse de la ansiedad que reinaba en Roma, á no emprender operaciones formales hasta restablecer bien la disciplina, la regularidad y los ejercicios propios á garantir el éxito. «Lo primero que hizo fué quitar cuanto podía fomentar la pereza y regalo, mandando que nadie en los reales vendiese pan ni vianda alguna cocida: que el soldado raso, ni en el campo, ni en la expedicion tuviese esclavo ó caballería: y en lo demás, poniendo con grande arte las cosas en buen orden. Mudaba además de esto cada dia la situacion de los reales por varias travesías: fortificábalos con su valla y foso, como si estuviera á la vista el enemigo: ponía en ellos muy espesas centinelas, haciendo por sí mismo la ronda en compañía de los primeros oficiales. Hallábase unas veces á la frente del ejército, otras en la retaguardia, pero regularmente en el centro, á fin de que nadie se desordenase; y para que no se alejasen de las banderas, dispuso que los soldados llevasen consigo su comida y sus armas. De esta suerte, *impidiendo los delitos más que castigándolos*, logró restablecer en breve el ejército» (1).

(1) En confirmacion de esto dice Frontino, de Metelo, que encontrando en muy mal

Enterado Yugurta por los espías de la conducta de Metelo y constándole su integridad, concibió justa desconfianza por su causa, y quiso tratar de veras de someterse, enviando al efecto mensajeros que pidieran solo la vida para él y sus hijos. Pero sabiendo el Cónsul lo poco que era de fiar y *cuán volubles y amigos de novedades eran los númidas*, se propuso entretenerlo y sondear en secreto individualmente á los mensajeros para ganarlos á fuerza de promesas y obtener le entregasen á su rey muerto ó vivo, dándoles, sin embargo, en público á todos juntos, la respuesta que debían llevar.

Después de esto, disciplinadas ya las tropas, se encaminó á la Numidia, encontrando el país tranquilo, con los habitantes en las ciudades y campos, y dispuestos á facilitarle víveres y recursos: mas no por eso procedía ménos cauto, «antes bien *marchaba con su ejército formado y siempre á punto, como si tuviese hallado al enemigo, haciendo alargar más los batidores para que lo explorasen todo: persuadido á que lo de la entrega no era sino añagaza para hacerle dar en alguna emboscada. Y así iba en la vanguardia con las compañías ligeras y una banda escogida de honderos y ballesteros; Cayo Mario, legado, en la retaguardia con nuestra caballería: la de los auxiliares la habia repartido entre los tribunos y prefectos de las cohortes á uno y otro lado del ejército, á fin de que interpolada con nuestra tropa ligera pudiese rechazar la caballería de los enemigos por cualquiera parte que embistiese. Porque Jugurta era tan astuto y práctico del terreno y de la guerra, que podía dudarse si era más de temer ausente, ó cuando estaba á la vista, si haciendo guerra ó estando en paz.»*

Inspirada alguna confianza en las gentes por la con-

---

estado el ejército, restableció rápidamente la disciplina sin necesidad de castigos, y que haciendo á los soldados sensibles al honor, los volvió insensibles para el trabajo ó la fatiga. Y añade que prohibió se comiera carne de otro modo que asada ó cocida, pero sin ninguna composicion.

ducta del general y soldados, y por ser notorios los tratos de sumision del rey, le fué fácil á Metelo ocupar la ciudad de *Vacca* (Badjia ó Bedjia) que por su situacion é importancia convenía para servir al abastecimiento y de apoyo en las operaciones: y como el Númida seguía enviándole mensajeros, contestábale el Cónsul del mismo modo que antes, sin omitir la seduccion empleada con los primeros y sin detener sus preparativos hostiles; de modo que adoptó para con Yurgurta igual sistema que el usado por él, *hablar siempre de paz sin cesar de hacer guerra ó de enderezarse á ella y á dañar al enemigo.*

Convencido al fin Yurgurta de que su hábil contrario le hería por los mismos filos y le tendia lazos peligrosos, se determinó á recurrir á las armas. Reunió las mayores fuerzas que pudo, se enteró de la direccion de marcha de los romanos y se lisongeó de que podría vencerlos escogiendo como acostumbraba buen lugar y ocasion oportuna. Establecióse al intento sobre una gran colina vestida de arbolado, á través del camino que seguía Metelo, dando bastante extension á su frente; y destacada dicha colina de una cordillera de cerros pelados, despues de la cual corría el rio *Mutul*, quedaba intermedia cierta extensa llanura yerma y desprovista de agua hasta la inmediacion del rio. Encargó á su teniente Bomilcar de los elefantes y parte de la infantería para que obrase por separado adelantándose, y él se quedó con toda la caballería y el resto de la infantería, cuyas filas recorrió exhortando á los soldados haciéndoles comprender las ventajas de su posicion; y recordándoles que ya habian vencido á los romanos é invitándoles á tener denuedo, les añadía entre otros consejos, *que los prácticos del terreno peleasen con los que no lo eran, y nunca los ménos contra superior número, ni los bisoños con los más aguerridos.*

Al descender el ejército romano de las alturas quedó Metelo algo suspenso, pues no sabiendo nada de los ene-

migos los descubrió allí de una manera que le llenaba de dudas; «porque los caballos é infantes númeras estaban entre las matas, ni bien del todo encubiertos por lo bajo de ellas, ni dando clara idea de sí por lo caprichoso del terreno y por la astucia con que ellos y sus banderas se habian ocultado. Pero cayendo presto en la cuenta de lo que aquello era, hizo un ligero alto; y mudando la formacion del lado derecho, que era el más inmediato al enemigo, escuadronea y divide el ejército en tres cuerpos: reparte entre los claros de las compañías los honderos y ballesteros: acomoda la caballería toda en las dos alas, y habiendo exhortado brevemente á los soldados segun lo permitia el tiempo, conduce el ejército á lo llano así como lo habia escuadroneado, haciendo el lado derecho, que formaba su vanguardia, frente al enemigo. Pero como vió que los númeras se estaban quietos y que no bajaban de la colina, recelando que el ejército por lo ardiente de la estacion y la escasez de agua pereciese de sed, hizo que Rutilio, su legado, con algunas compañías ligeras y parte de la caballería se adelantase al rio para tomar con tiempo sitio donde acampar, persuadido á que los enemigos acometiendo muchas veces por los costados, retardarían su marcha, y que viéndose inferiores en fuerzas tirarían á fatigar á sus soldados con el cansancio y con la sed. Despues, segun el caso y el lugar lo permitían, fué poco á poco prosiguiendo su camino en la forma que habia bajado del monte, llevando á Mario en el cuerpo de batalla, y él yendo con la caballería de la ala izquierda, la cual, segun el movimiento del ejército, habia venido á ser su vanguardia. Jugurta, cuando vió que la retaguardia de Metelo se habia adelantado á sus primeros escuadrones, ocupa con un cuerpo de dos mil infantes el monte por donde habia bajado Metelo, á fin de que en caso de retirarse los nuestros no les sirviese de abrigo y despues se fortificasen en él, y dando de repente la señal, acomete

á los enemigos. Los númeridas, *unos dan sobre nuestra retaguardia, otros hacen sus tentativas por la derecha é izquierda, porfiando, estrechando y procurando por todas partes desordenar nuestras líneas.* En ellas aún los que resistían con mayor esfuerzo, burlados por el irregular modo de pelear de los enemigos, eran heridos desde lejos, sin poder vengarse ni venir á las manos, porque Jugurta habia prevenido á los de á caballo *que cuando les persiguiesen en tropa los romanos no se retirasen apañados ni en cuerpo, sino cada cual por su lado, y lo más desviados que pudiesen.* De esa suerte, siendo superiores en número, cuando no podían hacer frente á los nuestros, los cogían ya desordenados por las espaldas ó por los lados; y si les acomodaba más para la fuga el collado que la llanura, allí también *los caballos númeridas, hechos á sus veredas, se escabullían fácilmente entre las matas,* al paso que á los nuestros embarazaba la aspereza y poca práctica del terreno. »

Largo tiempo y muy empeñado duraba el rudo combate, con inevitable desorden en las tropas, cuando cercana ya la noche, cansados unos y otros del trabajo y del calor, viendo Metelo que aflojaban algo los contrarios, reúne su gente, restablece la formación y escogiendo un cuerpo de infantería, anima á los soldados y sube á lo alto del collado para atacar á los númeridas que allí descansaban, desbaratando y poniendo en huida á cuantos había, *«pero con muerte de pocos, porque á los más salvó su ligereza y el no ser los romanos prácticos del terreno:»* cuyos detalles interesantes dados por Salustio en esta acción, se hallan conformes con las noticias de Frontino y de Apiano respecto al sistema de guerra de Yugurta, que dicen acostumbraba no empezar sus ataques hasta la caída del día, para que en caso de derrota le fuera más fácil la retirada; que empeñaba la caballería ligera, sin acémilas ni provisiones; hacía una marcha rápida y forzada; sorprendía algún cuerpo y se volvía á la montaña, teniendo orden sus

soldados de desbandarse y de ir á reunirse despues por pelotones en punto lejano.

Mientras tuvo lugar lo que vá referido llegó Rutilio junto al rio y estableció convenientemente el campo sin ser molestado por Bomilcar, quien permaneció quieto hasta que lo vió adelantado de sus posiciones; y entonces empezó á descender despacio al llano para amagarle y cortarle comunicacion con el grueso del ejército. Apercebido Rutilio formó al instante su fuerza, se adelantó y trabó la accion sin vacilar. «Los númidas solo hicieron frente mientras tuvieron confianza de que los elefantes les socorrerían; pero cuando vieron que éstos, embarazados con las ramas y perdida su formacion, caían á manos de los nuestros, echan precipitadamente á huir; y los más arrojando las armas, se escapan sin daño alguno al abrigo del collado y de la noche que comenzaba ya á cerrarse. Tomáronse cuatro elefantes: el resto hasta cuarenta fueron muertos. Los romanos, aunque cansados y rendidos por el trabajo del camino, del campamento y la batalla, viendo que Metelo tardaba en llegar más de lo que creían, vánse á encontrarle, así escuadronados como estaban, y prontos para cualquier acontecimiento, porque los engaños de los númidas no permitían el menor descuido.»

Al llegar cerca unos de otros estuvieron á pique de combatirse, porque el ruido y la oscuridad les hizo creerse enemigos; mas al salir del error cambiaron los soldados el susto en alegría y empezaron á llamarse, á celebrar el suceso y á contarse sus proezas, *«que esta es la condicion humana, jactarse y gloriarse en la victoria áun los cobardes, y al contrario, abatir á los valerosos las desgracias.»*

Tal fué la batalla de Mutul (110 á 108 años antes de J. C.) como la describe Salustio; batalla en que hábilmente situados los númidas y con arrojo lanzados por Yugurta, alcanzó no obstante, señalada victoria la firmeza, la instruccion táctica y la disciplina de los romanos.